

someterte á una condicion tan inicua? Ciertamente que para un gran canceller estás poco enterado de nuestros usos. En una palabra, cuando prometí mi mano á Constanza fué involuntaria mi promesa, que nunca tuve intencion de cumplirla. Si Don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no efectuar aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una contienda que haria derramar mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede terminar la disputa, y decidir cuál de los dos será el mas digno de reinar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas, y se contentó con pedir de rodillas la libertad de su yerno, la que consiguió diciéndole el rey:—Anda, y restitúyete á Belmonte, que presto irá allá el condestable. Retiróse el ministro, y marchó á su quinta, persuadido de que su yerno vendria luego á ella; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto entregado éste á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexiones. La prision le habia abierto los ojos y héchole conocer cuál era la verdadera causa de su desgracia. Entregado enteramente á la violencia de los celos, y olvidado de la lealtad que hasta allí le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido de que el rey no malograria la ocasion, y no dejaria de ir aquella noche á visitar á Doña Blanca, para sorprenderlos á entrambos, suplicó al gobernador del castillo de Palermo le dejase salir de la prision por algunas horas, dándole palabra de honor de que antes de amanecer se restituiria á ella. El gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del rey su libertad, y ademas de eso le dió un caballo para ir á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una puerta pequeña cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin ser sentido de nadie. Llegó hasta el cuarto de su muger, y se escondió tras un biombo que habia en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dejar á su ama, y se retiraba á un cuarto inmediato donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo del arresto de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria éste á Belmonte, aunque su padre le habia dicho haberle el rey asegurado le seguiria presto. Igualmente se presumió que el rey aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que para ella podia tener terribles consecuencias. Con efecto, poco tiempo despues que Ni-

se se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el rey, quien arrojándose á los piés de Blanca, le dijo:—No me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delincuente este artificio, la culpa es de vos sola. ¿Por qué os negásteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entonces ¡ay de mí! ya no tendré recurso para hablaros. Oidme, pues, por la última vez. Si vuestro padre ocasiona mi desventurada suerte, al menos concededme el triste consuelo de participaros que yo no me he atraído este infortunio por mi infidelidad. Si ratifiqué á Constanza la promesa de mi mano, fué porque, en las circunstancias en que me puso Sifredo, no podia hacer otra cosa. Érame preciso engañar á la princesa por vuestro interes y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para romper aquella obligacion; pero vos destruisteis mi plan, y disponiendo con demasiada facilidad de vuestra persona, preparásteis un eterno dolor á dos corazones que un entrañable amor hubiera hecho perpetuamente felices.

Dió fin á este breve razonamiento con señales tan visibles de una verdadera desesperacion, que Blanca se enterneció, y ya no le quedó la menor duda de la inocencia de Enrique. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues fué en ella mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah Señor! dijo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros la suerte, me causa nueva pena el saber que estais inocente. ¿Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado; y arrebatada de despecho recibí la mano del condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infeliz! Yo fuí la delincuente, y yo misma fabriqué nuestra desgracia. ¿Con que cuando estaba tan quejosa de vos, acusándoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompía los lazos que habia jurado hacer indisolubles! Vengaos ahora, Señor, pues os toca hacerlo. Aborreced á la ingrata Blanca. . . Olvidad. . . —¿Y os parece que lo podré hacer, Señora? interrumpió Enrique tristemente: ¿qué será posible arrancar de mi corazon una pasion que ni aun vuestra injusticia podrá sofocarla?—Con todo eso, Señor, dijo supirando la hija de Sifredo, es menester que os esforceis para conseguirlo.—Y vos, Señora, replicó el rey, ¿seréis capaz de hacer ese esfuerzo?—No me prometo lograrlo, respondió Blanca; pero nada omitiré para ello: lo intentaré cuanto pueda.—¡Ah cruel! exclamó el rey, fácilmente olvidareis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento.—Y vos, Señor, ¿qué es lo que pensais? repuso Blanca con entereza: ¿os lisonjeais de que os tolere continuar en obsequiarme? No tengais tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para reina,

tampoco me formó para que diese oídos á ningun amor que no sea legítimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou, y aun cuando lo que debo á solo él no fuera un obstáculo invencible á vuestros amorosos servicios, mi honor jamas podria permitirlos. Suplico, pues, á V. M. que se retire, y que haga ánimo de no volverme á ver.— ¡Oh, qué tiranía! exclamó el rey: ¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¡Conque no basta para atormentarme el que yo os vea esposa del condestable; sino que quereis ademas privarme de vuestra vista, único consuelo que me queda!—Huid cuanto antes, Señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de lo que se ha amado tiernamente deja de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerlo. Á Dios, Señor, retiraos de mi presencia. Debeis este esfuerzo á vuestra gloria y á mi reputacion. Tambien os lo pido por mi reposo, porque al fin, aunque mi virtud no se altera con los movimientos de mi corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta extraordinarios esfuerzos el resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta energía, que, sin advertirlo, dejó caer al suelo un candelero que estaba en una mesa detras de ella. Apagóse la bugía; cógela Blanca á tientas, abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz, y apénas la vió el rey la instó de nuevo para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del monarca entró repentinamente el condestable con la espada en la mano en el cuarto de su esposa, casi al mismo tiempo que ella: se llega á Enrique lleno del resentimiento que su furor le inspiraba, y le dice:—Ya es demasiado, tirano; no me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda sufrir la afrenta que haces á mi honor.—¡Ah traidor! respondió el rey desenvainando la espada para defenderse; ¿piensas por ventura ejecutar tu intento impunemente? Dicho esto principian un combate sobremano fogoso para que durase mucho. Temiendo el condestable que Sifredo y sus criados acudiesen demasiado pronto á los gritos que daba Doña Blanca, y le estorbasen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin cautela. Fuera de sí de furor él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el rey derribado se detuvo.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. El infeliz esposo, lleno de resentimiento contra ella, no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolor y de su compasion. La muerte, que tenia tan cercana, no bastó para apagar en él el incendio de los celos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de



la fortuna de su competidor; idea tan ingrata y espantosa, que alentando sus espíritus y dando un momentáneo vigor á las pocas fuerzas que le quedaban, le hizo alzar la espada, que aun tenia en la mano, y la sepultó toda ella en el seno de su muger, diciéndole:—Muere, esposa infiel, ya que los sagrados vínculos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fe que me juraste al pié de los altares. Y tú, Enrique, prosiguió con voz desmayada, no te gloríes ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia: con esto muero contento. Dijo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que aun entre las sombras de la muerte dejaba ver un no sé qué de altivo y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo: y la sangre de esta inocente víctima se confundia con la de su homicida, cuya ejecucion fué tan pronta é impensada, que no dió lugar al rey para precaver su efecto.

Prorumpió este príncipe malaventurado en un lastimoso grito cuando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que le quitaba la vida, acudió á prestarle el mismo auxilio que ella misma habia querido prestar á su marido, y del cual habia sido tan mal recompensada; pero Blanca le dijo con voz desfallecida:—Señor, vuestra diligencia es inútil: soy la víctima que estaba pidiendo la suerte incesorable. Quiera el cielo que ella aplaque su cólera, y asegure la felicidad de vuestro reinado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lamentos ayes, entró en el cuarto, y atónito de ver los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó inmóvil. Blanca, que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el rey:—A Dios, señor, le dijo, conservad afectuosamente mi memoria, pues mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre; respetad sus canas, compadeceos de su pena, y haced justicia á su celo. Sobre todo manifestad á todo el mundo mi inocencia: esto es lo que mas principalmente os encargo. A Dios, amado Enrique. . . . Yo me muero. . . . Recibid mi postrer aliento.

A estas palabras espiró. Quedóse suspenso el rey, guardando por algun tiempo un profundo silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo:—Mira, Leoncio, la obra de tus manos. Contéplala bien, y considera en este trágico suceso el fruto de tu oficioso celo por mi servicio. Nada respondió el anciano; tan penetrado estaba de dolor. Pero ¡á qué fin empeñarme en querer referir lo que no cabe en ninguna esplicacion? Basta decir, que uno y otro prorumpieron en las mas tiernas quejas, luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los afectos interiores.

El rey conservó toda su vida la mas dulce memoria de su amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El infante se coligó con ella para hacer que se cumpliese lo dispuesto por Rogerio en su testamento; pero se vieron precisados á ceder al príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tedio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca: tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir con Don Gerónimo de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es, prosiguió la viuda de Don Pedro Pinares, la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa ese cuadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de este funesto suceso.



CAPÍTULO V.

De lo que hizo Doña Aurora de Guzman luego que llegó á Salamanca.

DESPUES de haber la Ortiz, sus compañeras y yo oido esta historia, nos salimos de la sala, donde dejamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos lo restante del dia en varias diversiones, sin fastidiarse una de otra; y cuando partimos al dia siguiente, fué tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos intimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin que nos sucediese el menor contratiempo. Alquilamos luego una casa enteramente amueblada; y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos tratado, se comenzó á llamar Doña Jimena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una doncella y un page, y se encaminaron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun cuarto desocupado, y habiéndole respondido que sí, le enseñaron uno decentemente puesto. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó un mes de alquiler, espresando era para un sobrino suyo que iba de Toledo á estudiar á Salamanca, y al que esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dejaron ajustado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose del mismo color las cejas, se disfrazó, de suerte que parecia un señorito distinguido. Era garboso y desembarazado; y á no ser la cara, que era demasidamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso su disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadimos que tambien ésta representaria bien su